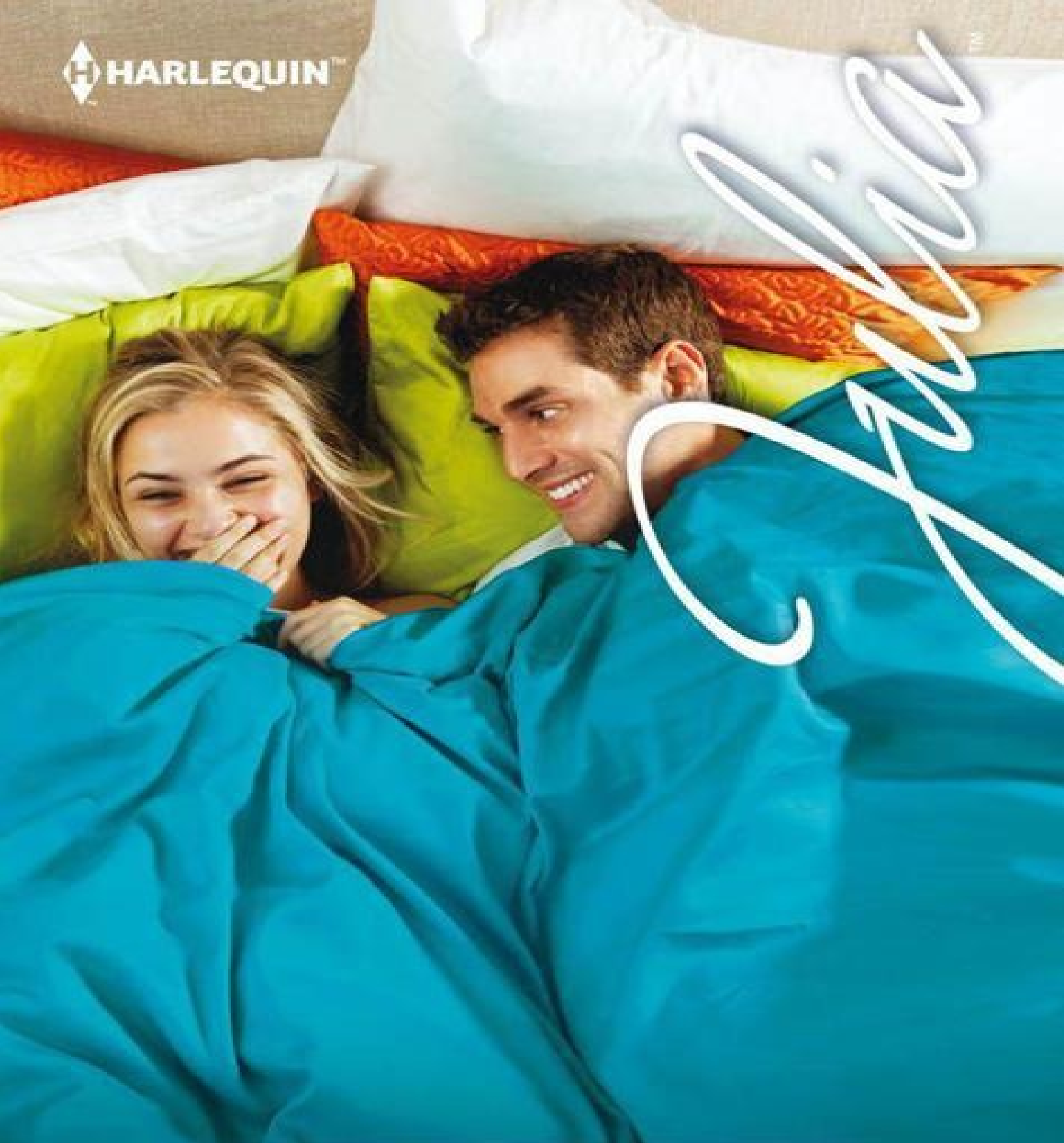


 HARLEQUIN™



Mira Lyn Kelly

Mira Lyn Kelly

A la mañana siguiente

*Julia*TM

Mira Lyn Kelly
A la mañana siguiente

 **HARLEQUIN™**

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Mira Lyn Sperl. Todos los derechos reservados.
A LA MAÑANA SIGUIENTE, Nº 1999 - octubre 2013
Título original: Waking Up Married
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-3835-2
Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Obligado a escuchar las arcadas que resonaban en el elegante cuarto de baño con suelos y paredes de mármol, Connor Reed maldijo en silencio a su conciencia.

Aunque se le estuviese revolviendo el estómago y le doliese la cabeza, no podía dejarla sola. Apartó la vista del espejo, que reflejaba su rostro algo amarillento, cerró el grifo, y escurrió la toallita que había empapado.

—Eh, preciosa —llamó a la pobre criatura que estaba de rodillas junto al inodoro—. ¿Te encuentras un poco mejor?

La joven levantó la cabeza y bajo el revuelto cabello rubio sus ojos lo miraron antes de tomar la toallita empapada que le estaba tendiendo.

—Carter...

—Connor —la corrigió él, reprimiendo una sonrisa a pesar de lo irritado que estaba consigo mismo.

Ella apenas tuvo tiempo de decir «Necesitamos un abogado» antes de que le sobreviniera una nueva arcada.

Una visita a un abogado no era la mejor manera de empezar una luna de miel, pero aquella tampoco era una situación normal. Habían pasado varios minutos desde que el cálido cuerpo acurrucado en la cama junto a él emitiera un gemido, no precisamente de placer, y saliera corriendo al baño, pero no acababa de encajar los borrosos recuerdos de la noche anterior.

Sin embargo, a juzgar por el anillo en su dedo y el anillo en el de ella, aquello era una pesadilla hecha realidad.

—Cada cosa a su tiempo, nena. Cuando te encuentres mejor ya nos preocuparemos de eso.

Ella asintió antes de vomitar de nuevo.

Dios... ¡menudo desastre!, pensó Connor masajeándose la nuca con la mano mientras miraba a su «esposa» de arriba abajo.

Doce horas atrás su sonrisa y la frescura de su belleza lo habían cautivado y, aunque en ese momento la pobre estaba hecha un desastre, acudieron a su mente recuerdos fragmentados de la noche anterior. Una chica normal y corriente que parecía haber escogido esa noche para soltarse el pelo; le había parecido que podrían divertirse un poco.

Lo que no acababa de entender era cómo había acabado echándose a hombro, con ella riéndose y diciéndole que estaba loco, y la había llevado a una de esas capillas por las que era famosa Las Vegas, y se había casado

con ella. Había tomado unas cuantas copas de más, sí, pero...

Megan se giró en ese momento, y Connor bajó la vista a la ceñida camiseta fucsia que llevaba, la misma que había llevado la noche anterior, cuando se había chocado con ella. Estampado en blanco y con letras bien grandes la camiseta decía: *QUIERO UN HIJO TUYO*. Eso era lo que había llamado su atención.

Megan alzó la vista vacilante hacia Carter... Connor, que tenía el ceño fruncido, volvió a bajarla para mirar el anillo de diamantes en su dedo... y volvió a vomitar en la taza del inodoro.

¡Se había casado con un extraño! ¡Y se había acostado con él! Y lo único que recordaba de su «noche de bodas» era el peso de él sobre ella y su frustración intentando desanudarle la corbata mientras se desvestían el uno al otro.

Y allí estaba, de rodillas en el cuarto de baño de una suite de hotel, echando hasta la última papilla, con aquel hombre de espectador. ¿Podía haber una situación más humillante? Le había dicho que la dejara sola, pero se había quedado para asegurarse de que estaba bien, como si sintiese que tenía que interpretar el papel de buen marido.

Aquel pensamiento casi la habría hecho reír si no fuera porque aquello no tenía ni pizca de gracia, y porque no podía dejar de vomitar.

—Ya no puede quedarte mucho dentro —dijo él a sus espaldas.

—Yo diría que no queda nada —gimió ella—; ahora solo he echado líquido. Imagino que será la forma de protestar de mi estómago.

—Bueno, desde luego está dejando bien claro que está molesto.

Aquel toque de humor hizo que Megan volviera a mirarlo. Era alto, y no porque ella estuviera arrodillada en el suelo. Y estaba fuerte, como los músculos del pecho, el abdomen, los hombros, los brazos y las piernas bien definidos, pero sin parecer un toro inflado, como un culturista. En cualquier caso, estaba en forma, de eso no había duda. Y encima tenía esa clase de belleza clásica, de nariz recta, pómulos elevados y, en conjunto, unas facciones tan atractivas que de pronto se encontró preguntándose cuánto tiempo llevaba mirándolo... arrodillada junto al inodoro en el que había estado vomitando.

No, aquello difícilmente podría ser más humillante. Pero daba igual. Aquel tipo con su cara de Adonis no entraba en sus planes. ¿Y qué si era

guapo, o tenía sentido del humor, o que se hubiese casado con él?

El orgullo la hizo levantarse del suelo, aunque con cierta torpeza porque estaba deshidratada de tanto vomitar y porque llevaba demasiado rato arrodillada. Las piernas no le respondían como debían, y sintió que las rodillas le cedían antes de que dos fuertes manos la agarrasen por debajo de los brazos, sujetándola para que no se cayese.

—Gracias —murmuró azorada cuando hubo recobrado el equilibrio.

—No hay de qué —respondió él, y tras una pausa añadió—: Supongo que es una de las ventajas de tener un marido cerca.

Ella asintió. Estaba exhausta y abrumada por la situación, y aunque tenían que hablar no se sentía preparada para hablar de lo ocurrido la noche anterior, de los tramites que tendrían que hacer para conseguir la anulación de su matrimonio.

Antes necesitaba darse una ducha, enjuagarse la boca y lavarse los dientes. Y cambiarse de ropa, pensó bajando la vista a su camiseta.

Luego, por seguirle la broma, respondió:

—Sabía que había alguna razón por la que me había casado.

La suave risa de él hizo que girara la cabeza para mirarlo y, al ver la sonrisa en sus labios, dejó de ser el extraño junto al que se había despertado esa mañana para transformarse en el hombre con el que tenía el vago recuerdo de haber compartido la cama la noche anterior.

¡Ay, Dios...! ¡En menudo lío se había metido! Lo único en lo que podía pensar era en que tenía que conseguir, y cuanto antes, salir de él.

Capítulo 2

Doce horas antes...

—¡Oh, venga ya! Estamos hablando de inseminación artificial —dijo Tina parpadeando con incredulidad—. Eso hace que se pierda toda la diversión.

Megan Scott apuró su martini y se echó hacia atrás en el mullido sofá de cuero del casino. Mientras consideraba tomarse otra copa ignoró como pudo la discusión de las otras dos damas de honor.

Parecía que les era indiferente que fuera de ella de quien estaban hablando, y de que ya hubiese tomado una decisión.

—La diversión viene nueve meses después —replicó Jodie—: una personita con su pijamita, su gorrito de lana y su chupete. Y sin ninguno de los «efectos secundarios» indeseados que tendría tu plan.

El «plan» de Tina, si Megan no lo había entendido mal, giraba en torno a la camiseta que había doblada sobre la mesita baja entre ellas. Una camiseta rosa fucsia que tenía escrito: *QUIERO UN HIJO TUYO*.

—Porque, a ver, hablando en serio —continuó Jodie—: imaginemos que Megan se la pone. ¿Quién te dice que el primer tipo que la aborde, atraído por esa camiseta tuya, no tenga el virus del Ébola o algo peor? Es una locura practicar el sexo con un desconocido y sin preservativo y estás intentando convencer a Megan de que lo haga.

Megan levantó de nuevo su vaso, lo puso boca abajo, y observó cómo se deslizaba hasta el borde la última gota de martini. La atrapó con la lengua y rogó por que la camarera lo interpretase como un ruego desesperado de que necesitaba otra copa. Y pronto.

—Eres una puritana; es patético —le contestó Tina.

—Lo que soy es una dama y por eso no voy a decir lo que eres tú —le espetó Jodie.

—Chicas, por favor —intervino Megan antes de que llegara la sangre al río—. Agradezco que os preocupéis por mí, pero no quiero que discutáis.

No era verdad que lo agradeciese. Habría preferido parecerles tan sosa que no hubiesen sido capaces de recordar su nombre en todo el fin de semana y que la hubiesen ignorado durante toda la cena. Pero como su madre era incapaz de guardar un secreto, toda la familia se había enterado

de que iba a someterse a una inseminación artificial dentro de dos meses, y, al llegar a Las Vegas para la boda de su prima Gail, se había encontrado con una tempestad de opiniones encontradas con respecto a su decisión.

—Tina, me encanta, de verdad que me encanta esta camiseta, pero donde va a ir es a mi baúl de los recuerdos. Y Jodie, agradezco tu apoyo, pero...

Jodie levantó una mano para interrumpirla.

—En realidad no es que apoye lo que has decidido hacer; pienso que deberías esperar a encontrar un marido, como el resto de nosotras.

Los recuerdos de los dos años que había estado saliendo con Barry asaltaron a Megan, y sintió que el remolino de emociones descarnadas, vergüenza, ira, frustración, impotencia, amenazaba con absorberla. No podía dejar que eso ocurriera.

Las palabras de Barry acudieron a su mente: «Megan, te juro que yo mismo no podía imaginar que esto fuera a pasar. De repente me di cuenta de que seguía enamorado de ella».

No iba a volver a darle vueltas otra vez a eso, no iba a perder ni un segundo más de su vida desperdiciando un solo pensamiento en el hombre que se había marchado a una conferencia hablando de formar una familia con ella y había vuelto casado con otra.

Se irguió y tomó las riendas de sus pensamientos. No necesitaba a Barry. No necesitaba a ningún hombre para tener el hijo que siempre había deseado. Bueno, solo necesitaba a uno que hubiese pasado cinco minutos a solas con un vaso de plástico en un banco de semen.

Jodie suspiró y le dijo:

—Criar a un hijo es algo muy especial, pero, si esperas a que aparezca tu príncipe azul, tendrás a alguien con quien compartirlo, y será aún más dulce.

—Bueno, en realidad... —comenzó a responder Megan, pero Jodie no había terminado.

—Tú y toda la gente como tú sois el problema que tiene nuestra sociedad. La vida no es obtener lo que quieres en el instante en el que tú quieres; hay cosas por las que merece la pena esperar. Pero dicho eso, entre acostarte con un extraño que podría tener algo contagioso y lo de la inseminación artificial, respaldo lo segundo.

Megan sintió que le ardían las mejillas de ira, pero pensó en su prima Gail, y en cómo se sentiría si sus tres damas de honor se pusieran a tirarse de los pelos y se mordió la lengua.

—Ya veo. Bueno, pues gracias por... por darme tu opinión al respecto.

A Tina se le escapó la risa por la nariz y Megan estiró el cuello, intentando avistar a la camarera. Sin embargo, lo que captó su atención fue el hombre que pasó por delante de su mesa en ese momento con una mano levantada, como saludando a alguien.

Era alto, moreno, y guapo en el sentido más tradicional de la palabra: anchos hombros, atlético... La simetría de sus facciones era tan perfecta que habría sido un rostro casi anodino de no ser por la boca.

Tenía una sonrisa seductora de truhán, de esas en las que solo la mitad de la boca se molesta en sonreír. Era la clase de sonrisa que hacía que una mujer perdiese el norte intentando desentrañar los misterios que escondía.

Pero Megan ya estaba escarmentada, y apartó la vista de la mesa en la que el tipo se sentó con un amigo, o socio, o lo que fuera, y giró de nuevo la cabeza hacia Tina y Jodie... que estaban mirándola fijamente.

Tina se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Buscando un espécimen con los genes apropiados para que haga de donante, Megan? —le preguntó con una sonrisa burlona y una ceja enarcada—. Ese que ha pasado, ¿te parece que podría dar la talla?

Jodie entornó los ojos.

—El traje que lleva le queda demasiado bien; tiene que ser hecho a medida —murmuró—. Y mirad ese reloj, y los gemelos... Ese tipo es un buen partido, está claro. Megan, deprisa, cruza las piernas y súbete un poco la falda del vestido para enseñar muslo. Tina, haz que mire hacia aquí.

Megan abrió la boca para protestar, pero Tina era una mujer de acción y no se hizo de rogar.

—¡Vaya, Megan! —exclamó—. ¡Sabía que eras gimnasta, pero no tenía ni idea de que alguien pudiera hacer eso con las piernas! —luego esbozó una sonrisa insolente y se cruzó de brazos, echándose hacia atrás en su asiento—. No hace falta que me des las gracias.

Jodie y ella se echaron a reír, y Megan se puso roja como una amapola y bajó la vista a la mesa deseando que se la tragara la tierra, o que su vaso vacío se rellenase solo por arte de magia.

—Puede que ahora no lo veas así, pero estás mejor sin ella.

Irritado, Connor Reed se irguió en su asiento y removió el whisky con hielo de su vaso con un giro de muñeca mientras escuchaba a su mejor

amigo, Jeff Norton, al que conocía desde hacía años.

—Ya. Intentaré recordármelo.

—Caro y tú llevabais casi un año juntos; es normal que estés dolido.

¿Dolido? Connor apretó la mandíbula. Aquello no era lo que había esperado cuando Jeff lo había convencido de ir a Las Vegas esa noche para que se olvidara de todo.

—Sería un golpe al ego de cualquier hombre —continuó Jeff—, y con un ego como el tuyo...

Connor resopló molesto.

—Si vamos a hablar de egos, tú tampoco te quedas corto.

—Sí, bueno, de acuerdo. Lo único que estoy diciendo es que hace dos semanas estabas dispuesto a casarte con ella, así que no me creo que el hecho de que te haya dejado te dé igual, como intentas hacer ver.

Connor sonrió.

—Estoy bien, Jeff, en serio. Caro era una chica estupenda, pero cuando me dijo lo que tenía que decirme... me sentí más aliviado que otra cosa.

Por el gruñido que soltó Jeff era evidente que no se lo tragaba. Y, bueno, hasta cierto punto podía ser que tuviera razón, pero no en el sentido que imaginaba.

No estaba destrozado porque se hubiese acabado su relación. No podía estarlo porque no había dejado que su corazón pasara a ser parte de la ecuación. Podía parecer cruel, pero era la verdad. Y era algo que Caro había entendido desde el principio.

Lo del amor no iba con él. Conocía demasiado bien lo destructivo que podía llegar a ser, porque lo había experimentado en sus propias carnes.

Lo que él quería era formar una familia. La clase de familia de la que él no había podido formar parte, aunque era lo que siempre había deseado. La clase de familia de la que su padre no le había considerado digno de formar parte porque era un hijo bastardo.

Había muchas cosas sin las que había pasado en su infancia, cosas que se había volcado en conseguir ya de adulto: dinero, respeto, su propia casa... y el próspero negocio que dirigía con mano férrea.

Sin embargo, para formar una familia necesitaba una compañera. Creía haberla encontrado en Caro, que tenía estudios, pertenecía a una buena familia, era una mujer con la cabeza en su sitio y no tenía esa dependencia emocional que mostraban otras mujeres. Parecía la elección perfecta. O eso había pensado hasta el día en que, cuando estaban comiendo, había doblado

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

